

Riesgo para la salud

Mathilde Forget

Traducido del francés por Alba Pagán

En la novela se incluyen citas de las siguientes obras: Nathalie Léger, *Vida de Barbara Loden*, Sexto Piso, Madrid, 2022, con traducción de Vanesa García Cazorla; Guillaume Apollinaire, *Cartas a Lou*, Acantilado, Barcelona, 2008, con traducción de Marta Pino.

Il reste toujours quelque chose en soi,
en vous, que la société n'a pas atteint,
d'inviolable, d'impénétrable et de décisif.¹

Marguerite Duras

1 «Siempre queda algo dentro de una, dentro de ti, que la sociedad no ha conseguido afectar, algo inviolable, impenetrable y decisivo».

Bambi no hace preguntas. Cuando su padre le da la noticia, no hace ninguna pregunta. Ni una. No dice nada. Bambi tiene cinco años y parece que lo entiende todo con un pequeño movimiento de la cabeza. En pantalla, la escena dura unos siete segundos para los que el dibujante de la película, Tyrus Wong, tuvo que trabajar durante medio día. Bambi se queda inmóvil un instante, con los ojos abiertos como platos. Y luego, sin rabia, baja la cabeza y cierra los párpados. Al final, como a modo de conclusión, Bambi nos enseña una lágrima, una enorme lágrima que le cubre al menos un tercio de la cara. El blanco del ojo se desborda, formando una gota que le cae por la mejilla, se detiene en el ángulo de la mandíbula y acaba cayendo sobre los copos de nieve que iluminan la pantalla. Bambi lo ha entendido.

Y solo ha tardado medio día.

Suzanne pone sus manos sobre mis brazos. Rodean mis bíceps, formando dos manguitos húmedos. El calor de su piel se adueña del mío y, para no perder el equilibrio, me agarro a sus codos. Nuestros cuatro brazos forman dos cadenas sólidas, una coreografía contemporánea. La fuerza de Suzanne me sorprende. Cuando éramos niñas, nuestros combates nunca duraban mucho porque el mínimo asalto que le lanzaba siempre acababa siendo demasiado brutal para ella. A Suzanne no le gustaban las peleas. Su delicadeza me aburría. Ahora que somos mayores, mucho más mayores, por fin parece ser una rival a mi altura.

Me pregunto si los vecinos de enfrente nos observan a escondidas. Con facilidad podrían disfrutar del espectáculo porque estamos justo delante de la ventana que se ha quedado abierta toda la noche. Ha empezado el verano. Vivo en un estudio en un cuarto piso, en un callejón adoquinado lleno de plantas defectuosas y trozos de bicicletas. Supongo que mis vecinos todavía están durmiendo porque apenas está amaneciendo.

Ahora Suzanne está sentada en la cama y yo de pie frente a ella. Le empujo los brazos para que se incline hacia atrás. Improviso. Se endereza y me obliga a retroceder. Su fuerza no deja de sorprenderme. Un paso a la derecha, hacia la ventana, un paso a la izquierda, hacia los cuchillos de cocina. El único que corta de verdad es el azul con hoja blanca. Nuestros pies entran en escena, nuestros torsos se alinean. Damos vueltas sobre nosotras mismas. Me acuerdo de *La dama de las camelias*, que vi en la Ópera de París. Al principio del último acto, a uno de los bailarines le crujió una articulación. Algunas personas del público se miraron unas a otras, incómodas por lo que acababan de escuchar. En una fracción de segundo, aquel minúsculo ruido cuestionaba él solo el éxito de todo el *ballet*. Rodilla cruel. También recuerdo los muslos fuertes, redondeados como colinas. Siento los míos tensándose bajo la presión de los desplazamientos de Suzanne. Pero a pesar de mis esfuerzos, dudo que se parezcan a los de los bailarines de la Ópera de París.

Pierdo terreno. Nos acercamos a la ventana y siento que no va a jugar a mi favor. Es el final que Suzanne quiere. Me pongo detrás de ella, y con el brazo izquierdo le rodeo el torso para atrapar su muñeca derecha. La mantengo pegada a mí mientras me acerco a la puerta de entrada, tras la cual escucho golpes: «¿Señora? ¿Señora, está ahí dentro? Abra la puerta, señora». Suzanne me impide abrir. Tendría que conseguir neutralizarla con una sola mano para poder abrir la puerta, seguir vigilando el cuchillo azul y mantenerme alejada de la ventana abierta, y todo eso pareciendo lo más

cuerda posible para no correr el riesgo de que me lleven a mí en su lugar. El juego es complejo y el desafío, considerable. Aprieto todavía más el brazo alrededor de su cintura. Noto que sigo siendo la más fuerte, y me siento a la vez orgullosa y decepcionada. Consigo abrir la puerta. Hay tres bomberos. Se abalanzan sobre Suzanne y la inmovilizan en la cama. Esos bailarines no tienen tiempo de que las articulaciones les crujan. Me pregunto cómo han sabido cuál de nuestros dos cuerpos entrelazados tenían que dominar. Antes de abrirles, me aterraba la idea de que Suzanne se aprovechara de la confusión para acusarme de haberla atacado. Y cuanto más me hubiese defendido, más sospechosa me habría vuelto. A Suzanne siempre se le ha dado mejor la actuación que a mí.

—¿Es usted la que ha llamado? ¿Es la hermana?

Entre el torso de un bombero y el hombro de otro, la mirada de mi hermana, colmada de una fuerza que, a pesar de las apariencias, emana más poder que los tres uniformes inclinados sobre ella para mantenerla tumbada en mi cama.

—¿Es usted la hermana?

—Sí, la pequeña.

Antes de encontrarme con Suzanne en Urgencias, me tomé el tiempo de hacerme la cama y pasar la escoba por el linóleo. La gestión de mis prioridades me preocupa. Los vecinos de enfrente por fin abrieron las cortinas. De camino

al hospital, me paro delante de un parque de bomberos, esperando que uno me dé noticias de mi hermana. Alzo la mirada y veo un cartel de tela blanca flotando sobre la entrada: «BAILE DE BOMBEROS, 8 P. M.».

En mi casa hay vigas expuestas, lo cual es un criterio de valoración importante en el mercado inmobiliario. Puedo especificarlo si quiero subalquilar el piso. En mi techo hay siete, seis de las cuales están agrietadas. Eso no lo especifico en el anuncio. Y de todas formas, no subalquilo mi piso. Es ilegal. No suelo hacer cosas ilegales, seguramente debido a mi educación protestante.

Observo con atención las diferentes grietas sobre mi cabeza, que también se llaman «fisuras» o «fendas». El camino que trazan. Las más grandes están aisladas. Se considera una particularidad de la madera, al igual que los nudos, las fibras torcidas o las fendas tangenciales. A veces los carpinteros las examinan para conocer con más precisión la naturaleza de la madera, pues forman parte de su identidad. Las grietas son indicadores valiosos que ayudan a entender la historia de una estructura. Valiosas, pero a menudo imperceptibles.

En general (pero cuidado con las generalidades), las fisuras son provocadas por un secado demasiado rápido de la

madera tras su corte. Puede ocurrir que una grieta se vuelva a cerrar con la humedad. El nivel de humedad de mi piso varía entre el quince y el dieciocho por ciento. Podría utilizar mi humidificador. Tengo uno para refrescar las hojas de mi planta de interior.

Las vigas sobre mi cama están todas agrietadas. En *Influencia de las fendas en la resistencia de la madera estructural*, Arriaga, Esteban, Íñiguez, Bobadilla y Mateo explican que las diferentes características de una fenda, su longitud, su profundidad o incluso su posición, ayudan a determinar si esta debilita la estructura. Ya me he tumbado bajo la única viga intacta de mi techo para ver si me sentía segura. Pero esa viga sin grietas me incomoda. Me falta información.

Las fisuras no solo están causadas por el secado de la madera, algunas las ha provocado un impacto. Una vez clavé clavos del mismo tamaño en dos vigas diferentes, pero las grietas nunca se parecen. Un acontecimiento de la misma naturaleza casi nunca provoca resultados idénticos.

Un día me enteré de que mi madre había muerto. Suzanne lo supo antes. Una hora antes. Aquel día había vigas expuestas sobre mi cabeza, catorce para ser exactas. Las cifras permiten la exactitud. Es útil.

En los distintos tratados sobre el arte de la ebanistería, los especialistas se contradicen a menudo. Algunos consideran que hay que exponer la madera al sol mientras que otros

sostienen que hay que resguardarla a la sombra. No suelo abrir las cortinas. Si a veces dejo que entre el sol, lo hago por mi planta de interior, cuyas hojas se amontonan en la ventana, hacia la luz. Por mi culpa, pasa gran parte de su vida a la sombra. Ambas hacemos concesiones para vivir juntas.

En el *Tratado del arte de la carpintería* de 1837, Armand-Rose Émy cuestiona, no sin brío y valor, muchas de las clasificaciones y conclusiones de estudios anteriores relativos a las fendas de retracción. En concreto explica que nunca se ha probado que la aparición de grietas dependiese de la calidad de la madera y aconseja encarecidamente evitar las generalidades sobre el tema, «toda madera es susceptible de agrietarse».